

mana espiritual de Francisco, el Vicario de Cristo a su vez se inclinaba ante ella reverente. Venerábala ya Honorio III; Gregorio IX la escribía largas epístolas, narrando las amarguras que le ocasionaba el cisma, las inquietudes y zozobras que combatían su espíritu; Inocencio IV no sólo mantuvo con Clara seguida correspondencia, sino que visitó en dos ocasiones el convento de San Damián. La primera ordenó a Clara bendijese los panes de la humilde colación dispuesta en el refectorio, y en cada hogaza se vió grabada una cruz; la segunda, estando Clara a punto de muerte, llegó a tiempo de consolar su agonía, y aun quiso canonizar a la bienaventurada antes de que hubiese sido sepultado su cadáver (7).

Clara era de esforzado corazón y ánimo resuelto: cualidades de fundadora. Rigió con mansedumbre y energía la grey numerosa que tuvo a su cargo. En el sosegado aprisco de San Damián suspiraba secretamente, atormentándola el anhelo de ir a buscar martirio entre los infieles: aspiración de tantos nobles espíritus de los siglos medios. A punto estuvo de ver colmados sus deseos, sin moverse de Umbría. Tenía a sueldo Federico II veinte mil feroces alárabes, que a modo de trailla de sangrientos lebreles soltaba por el país adicto a la causa pontificia. Un día los azuzó contra Asís. Oíanse sus gritos de exterminio en los arrabales de la ciudad, cuando Clara, tomando en las manos la custodia y abiertas las puertas del convento, salió con paso tranquilo al encuentro de los invasores. El ropaje de la Santa, el semblante, el arca sagrada que oprimía contra su pecho, lanzaban resplandor misterioso. Los habitantes de Asís cobraron fuerzas viendo aquella monja que iba recta al enemigo. Los bárbaros fueron rechazados. No tardaron nuevas fuerzas imperialistas en embestir la villa. Entonces Clara y sus monjas cubrieron de ceniza las cabezas clamando a Dios, diciéndole que pues no ig-

noraba que Asís daba a sus siervas pobres el sustento, conjurase la plaga y desviase el castigo. Un torbellino que levantó espesas nubes de polvo, ayudó a hacer retroceder segunda vez a los cismáticos, perseguidos de cerca por los ciudadanos de Asís.

Dedicóse Clara con afán incansable a conseguir que imperase en su Orden aquel espíritu de total pobreza, que es como esencia de la regla franciscana. Perseverante en su empeño, combatió cuantos obstáculos la presentaron la benevolencia y compasión, más peligrosas en este caso que el odio. Movido de lástima al ver a unas débiles mujeres imponerse tales austeridades y fiar a la caridad pública el cuidado de su subsistencia, despojándose de todo bien, Gregorio IX quiso mitigar la regla, ofreciendo a Clara absolverla del voto de pobreza.—“Padre Santo—respondió con entereza Clara—, la única absolución que pido y necesito es la de mis pecados.”—Más adelante impetró de Inocencio IV, con humildes súplicas, el privilegio de pobreza evangélica perpetua para su Orden. Inocencio IV escribió de su puño y letra la Bula, añadiendo a tan singular concesión la de su llanto, que corrió abundoso sobre el privilegio (8).

Parecía como si Francisco hubiese cedido a la hermana predilecta parte de su alma al asociarla a su obra. Lo mismo que Francisco, tenía Clara un género de devoción encendido y vehemente, y en sus arrebatos y transportes percibieron sus compañeras y discípulas preferidas, que ya la rodeaba la cabeza un nimbo luminoso, ya nacían en sus hombros rojas alas de fuego con que volar a las esferas del amor. Otras veces contemplaban a Jesús, que en figura de lindo rapazuelo se sentaba en el regazo de Clara, con la misma familiaridad con que los pintores lo representan travesando en el de la Virgen. *Las florecillas* narran cómo hallándose Clara enferma y encamada el día de la Natividad de Cristo, y sintiendo

gran dolor por no poder asistir a los oficios en el templo, el Esposo, condolido de su pena, la trasladó a la iglesia de Francisco, donde presenció el rezo matutino y la Misa del Gallo, y recibió la Eucaristía volviéndola después a su lecho. Asimismo hablan del banquete memorable en que Francisco y Clara, comiendo juntos el pan y la sal, consagraron la fraternidad de las almas, sin distinción de sexo, ante la fe. Dejemos al relato su candor y frescura seductora. "Al primer manjar—dice—comenzó San Francisco a hablar de Dios tan suave, alta y maravillosamente, que descendiendo sobre todos la abundancia de la divina gracia, fueron en Dios arrebatados. Y estando arrebatados así, con ojos y manos alzadas al cielo, los hombres de Asís y de Betona, y del país comarcano, veían que Santa María de los Angeles, y todo el lugar, y la selva próxima, ardían fuertemente, y parecía como si fuese un gran fuego que ocupara iglesia, lugar y selva; por lo cual con mucha priesa corrieron allá para extinguir el fuego, creyendo realmente que todo ardía. Mas llegados al lugar y encontrando que no ardía nada, entraron adentro y hallaron a San Francisco y a Santa Clara, arrebatados en Dios por la contemplación, y sentados a la humilde mesa. Por donde entendieron que aquél había sido fuego divino, y no material, que Dios hizo aparecer milagrosamente, para demostrar y significar el fuego del divino amor en que ardían las almas de estos santos frailes y santas religiosas" (9).

Al expirar Clara, vieron las monjas que rodeaban el mezuquino catre en que a instancias del médico había extendido su cuerpo macerado la *Madre de humildad*, abrirse la puerta de la celda, y penetrar silenciosa procesión de vírgenes con túnicas blancas, ceñida la frente de azucenas, y en pos la Emperatriz del cielo, que entre cantos y aclamaciones de ángeles tomaba a Clara en sus brazos para conducirla al

tálamo del Esposo. El pueblo de Asís, lejos de entonar tristes salmodias por Clara, prorrumpió en himnos de gozo cuando supo su muerte: repicaron a gloria las campanas; suave fragancia inundó la cámara mortuoria. Dos años después de su fallecimiento, día por día, se expidió la Bula de canonización de Clara. Es Clara el único santo cuya imagen anduvo estampada en moldes o formas de hostias: de ordinario tales moldes representan una cruz, un cáliz, un cordero, cualquier signo eucarístico.

Llamáronse las monjas de la Orden segunda *Damianitas*, *Señoras pobres*, *Claustales*, *Minoritas*, y finalmente, *Claristas*: en pocos años se propagaron por todo el Mediodía y Norte de Europa. Más fácil sería contar las estrellas que titilan en el firmamento durante una noche apacible, o las margaritas que se abren al soplo de la primavera, que decir cuántas trenzas de hermosos cabellos fueron segadas al pie de los altares después de la de Clara, o cuántas frentes juveniles sombreó el velo púdico de las Claristas. Son las virtudes del estado monástico en la mujer tan mudas y discretas, que las compendian una reja y una sepultura: sólo Jesucristo cuenta las lágrimas, las penitencias, los abatimientos y los consuelos del alma solitaria: expiran los sollozos y se ahogan los himnos en las espesas murallas, y los lirios nacen, embalsaman y fenecen dentro de cerrado vaso que archiva hasta el polvo de sus hojas. No obstante, a veces un suceso inesperado viene a descubrir la sellada fuente del heroísmo, que atesoran pobre mujeres en la paz y silencio de la clausura. Díganlo las Claristas de Tolemaida.—A fines del siglo XII, cuando la cristiandad atribulada veía a los árabes recuperar el Oriente y posesionarse otra vez del Sepulcro santo, ayudados por la apatía de algunos príncipes y la torpe complicidad de otros, Malek-al-Aseraf, Soldán de Egipto, asaltó la rica ciudad de Tolemaida, ba-

luarte del poder occidental, y la tomó, a pesar de la briosa defensa que hicieron los caballeros Hospitalarios. En el momento de horror en que sesenta mil infantes y otros tantos jinetes musulmanes entraban a sangre y fuego por calles y plazas, la abadesa del convento de Clarisas reunió a sus monjas, y dándoles ejemplo y enseñanza de cómo habían de burlar la brutalidad de los infieles, se cortó la nariz. Imitaron todas el sacrificio, y mutilaron y desfiguraron sus rostros con tal empeño, que al entrar los mahometanos y hallar, en vez de bellas vírgenes, espantosos monstruos, no pensaron sino en pasarlas a cuchillo. Con harta razón dice un historiador de la Iglesia que a haber mostrado los hombres el valor de estas monjas, no se perdiera la Tierra Santa.

Abordaron a las costas de España las dos primeras Clarisas enviadas por Clara, a fin de que extendiesen su Orden, atravesando el Mediterráneo en frágil barquichuelo, sin velas ni remos, al capricho de las olas. En España fundaron numerosos conventos. Los Reyes Católicos, compadecidos de la precaria situación de las Clarisas de Madrid, conocidas por *Descalzas Reales*, las obtuvieron, sin consultarles, dispensa pontificia del voto de pobreza. Dudaron ellas si deberían guardar el privilegio, sin hacer uso de él, en sus archivos: al cabo, no queriendo ni aun conservarlo, tuvieron una idea ingeniosa. Cortaron el pergamino en menudos trozos, y con ellos fueron armando el fondo o cáliz de los flores de trapo y papel con que todos los años, en poética profusión, engalanaban la custodia.

Clara vió agruparse en torno suyo al resto de las mujeres de su familia. No sólo su primera compañera Inés, a quien tan tiernamente amó, y que habiendo fundado el convento de Florencia, siguió a Clara al sepulcro a pocos meses de distancia—como si apagándose en este mundo el gran espíritu de la maes-

tra en Cristo, faltase luz y calor al de la discípula (10)—, sino que también Beatriz, hermana menor de Clara e Inés; Amata, su sobrina; Hortulana, madre de Clara, y Bona Guelfucci, que la acompañaba cuando pronunció los votos en la Porciúncula, se acogieron a San Damián bajo el báculo de Clara, que vino a mandar en sus mayores, ejerciendo el derecho de primogenitura ante el Señor. Amata era una hermosa mocita, dada a galas, niñerías y afeites, que a las fervorosas exhortaciones de Clara trocó lisonjas y halagos del mundo por tosco hábito. Bona llegó, bajo el nombre de *Pacífica*, a superiora y reformadora de una comunidad de Clarisas: faltando a éste en el interior de sus muros agua potable, a las oraciones de Pacífica acudió blanca y gallarda cierva, que hiriendo el suelo con la ligera pezuña, hizo brotar dentro de la clausura un caño de agua fresquísima, conocido después por *fuentes de los milagros*. Entre las primeras hermanas de Clara interesa, por su candorosa discreción, Inés de Opórtulo, la monja de viva fantasía, que no pudo oír un sermón en que hipotéticamente era puesta en tela de juicio la venida de Jesucristo al mundo, sin hallarse asaltada de dudas que la trajeron a mal traer, hasta que durante el silencio de la noche oyó resonar en su corazón la voz de Jesucristo mismo, que con acento de tierna queja la decía:—“Inés, ¿no andas buscándome?, pues en ti estoy.”—En el vergel de San Damián florecieron Francisca de Asís, la extática, que al mirar la hostia consagrada no veía sino un lindo niño, y Benvenuta, la que junto al lecho de muerte de Clara contempló a la Emperatriz del paraíso con su comitiva de doncellas resplandecientes de gloria.

Tocadas de amor por la pobreza, dejaban las reinas y princesas la púrpura y los cuidados que acompañan, para cumplir la peregrinación por este valle, con pies descalzos y alegre espíritu. En vida

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
DE NUEVO LEÓN  
"ALFONSO DE YESO"  
AÑO 1926 MONTERREY, MEXICO

de Clara acudieron ya a su Orden palomas de nido real. Margarita, esposa, e Isabel, hermana de San Luis (11), que rompió los desposorios tratados con Conrado de Alemania, por abrazar la cruz de Cristo; Inés, hija de los reyes de Bohemia, criatura singular que en los primeros meses de su vida se extendía en cruz en la cuna, cuya adolescencia transcurrió en una mansión campestre en que, rodeada de sus compañeras, saciaba en la melancólica poesía de la naturaleza las tempranas ansias de un alma contemplativa; que llegada al estío de su maravillosa belleza, desechó los presentes nupciales que la brindaban a porfía Enrique de Inglaterra y el emperador Federico II, para aceptar con júbilo inexplicable un velo tosco, una escudilla y un vaso groseros, que desde Italia la enviaba Clara en arras de las bodas con la pobreza (12); Elena, hija de Alfonso, rey de Portugal, cuya fe viva hizo en mitad del invierno cubrirse un cerezo con frutos de escarlata; las dos infantas de Castilla, que fundaron el convento de Clarisas de Toledo, cuyas abadesas se transmitían el privilegio caballeresco de guardar de noche las llaves de la ciudad; y, finalmente, aquellas dos cuñadas, flores de nieve abiertas al hálito de los cierzos del Norte: Salomea y Cunegunda, esposas amantes ambas, y ambas enterradas con la palma de su inmarchita virginidad. Salomea, estudiosa y docta, casó con el hijo del rey de Hungría, y tuvo el dolor de ver perecer, quizá a impulso de traidora ponzoña, a un esposo perfecto. Cunegunda, que nació rezando la salutación angélica, halló un alma gemela de la suya en su marido Boleslao, llamado el *Púdico*. Enseñábanse en Polonia con devoción y ternura las huellas que al huir de los tártaros dejó en la peña el pie de esta beata, que fué a la vez una gran reina, las minas de sal que descubrió y puso en explotación para prosperidad de su pueblo, y su estatua, de madera talla-

da, que se conserva en su convento, y tiene en una mano un pomo de cristal, emblema de pureza; estatua misteriosa y animada como la de Memnón, que al tocarla los labios de los devotos, parecía caliente y flexible como la carne viva, y mostraba encendidas las mejillas y brillantes los ojos al anunciarse un suceso dichoso para Polonia, y palidecía y se demacraba en víspera de calamidades nacionales, como si residiese en aquella imagen el espíritu del malaventurado pueblo polaco.

Dondequiera que se propagaron las Clarisas, nacieron mujeres extraordinarias. Al lado de Inés, en el convento de Monte-Cœli, que fundó en Florencia, vivió Clara de Ubaldino, que para atender a la voz que la llamaba a aquel sitio hubo de contrariar el instinto más enérgico en la mujer, el amor maternal. Sucedió a Inés en la prelación, y cuando años después de su muerte fué su cuerpo trasladado a otro convento más capaz, construido a expensas del cardenal Octaviano, se vió al venerable cadáver alzarse del ataúd, y sentándose en el alto sillón abacial, bendecir al concurso. Extraña vida también la de Job femenino, Elena de Padua. Tomó el hábito a los doce años de edad, y en lo mejor de su primavera fué acometida de raro padecimiento: quedóse muda, ciega, medio paralítica, sin tener más medio de comunicación con sus semejantes que un alfabeto de signos hechos con los dedos. En la cerrazón de sus sentidos, en la quietud de su cuerpo, la baldada jovencilla veía interiormente, en mística perspectiva, el purgatorio, el cielo, los luminosos abismos de la Trinidad y las profundidades consoladoras de la gracia. A los veintiocho años pasó de este mundo, dejando a Padua henchida de la fama de sus visiones y ardores.

Si sobrase espacio, no habría tarea preferible a la de ir ensartando, como perlas por un hilo tosco, tan

preciosas vidas por estas páginas. No quedarían entonces sin extensa biografía Felipa Mareri, sabia monja dada a estudios bíblicos; ni Margarita Colona, docta en latinidad, a quien Jesús coronó de azucenas y puso en el dedo nupcial anillo, haciéndola tocar la llaga de la mano izquierda, y causándola tan violenta sacudida, que, dilatándose el corazón, se rompió el pecho de la beata virgen y brotó un reguero de sangre; ni Clara de Montefalco, en cuyo cuerpo se grabaron las meditaciones de su mente con signos visibles. Quisiera asimismo poder referir las dramáticas leyendas, impregnadas de religioso terror, de Constancia Florentina y de la *Borgoñona*. Mas el asunto es vasto, y nombres insignes quedarán sin mención, que, siquiera de paso, la mereciesen.

No sólo en el siglo XIII, sino en los siguientes, dió fruto el árbol plantado por Clara. Si bien Urbano IV introdujo modificaciones en la primitiva regla de las Clarisas, y posteriormente Eugenio IV a su vez las mitigó, en el siglo XV fueron renovadas las austeridades y rigores primitivos, por una joven animosa, francesa de nación. Coleta sentía impulsos reveladores de que su vida tenía algún objeto importante. Comenzó por desear hallarse libre de su hermosura como de un estorbo, y en efecto, vió ajarse las rosas de su tez. Anduvo como desorientada, pasando de una congregación de Beguinas a la Orden Tercera, y de ésta fué a anclar en las Clarisas. Orando en su celda vió brotar a sus pies un arbusto, cargado de perfumados capullos y pomas. Cuantas veces lo arrancaba, otras tantas renacía, embalsamando el ambiente. Interpretando esta visión, sintióse llamada a enlazar al través de dos siglos su pensamiento con el de Clara, emprendiendo la restauración de la Orden. Aprobada la idea por el Papa, no conoció ya Coleta descanso; viajó noche y día, a pie, descalza, fundando, reformando, edificando con las limosnas

recogidas hasta trescientas ochenta iglesias, perseguida por aviesos detractores que la acusaban de hereje (13), confortada por la visita de San Vicente Ferrer, que de España llegaba exprofeso para ver a la mujer insigne, dotada de las facultades organizadoras de un Ignacio de Loyola y de la fuerza de voluntad que forma los héroes.

También en el siglo XV decoró el Orden de las Clarisas, con su pluma y con obras, una dama de honor de Margarita de Este, que a los catorce años dejó voluntariamente el fausto de la corte de Ferrara por la monástica austeridad. Catalina de Bolonia manejó con igual soltura el italiano y el latín, y compuso tratados ascéticos en la forma correcta y galana que domina en los prosistas a mediados del *cinquecento*. Ya las brisas naturalistas del Renacimiento impulsaban el bajel de la literatura, cuando Catalina terminó su libro *De las siete armas espirituales* (14).

En las crónicas de la Orden Franciscana se refiere la vida de una mujer de carácter tan extraordinario, que si en el sexo femenino caben Tenorios, Clara de Agolancia realiza cumplidamente el tipo clásico del desaforado calvatrueno en quien un día se despierta la conciencia elevándole a santo. Clara es un carácter agigantado en los extravíos como en la penitencia; sin freno en el placer, en el arrepentimiento sin medida. Hija de unos nobles de Rimini, varonil y resuelta desde la niñez, casada a los doce años con un hijo de su madrastra, a los quince viuda, privada de su padre y de su hermano, muertos en las discordias civiles, quedó Clara dueña de sí, hermosa, con hacienda sobrada, con esfuerzo hombruno, caprichosa, fiera, insaciable. Como potro a quien arrancan brida y freno y dejan que devore el espacio, así se halló la joven patricia, que fué bien pronto escándalo de Rimini con sus aventuras. No arrastraban tanto a Clara los galanteos cuanto los ejercicios masculinos.